

# 50

## PREGUNTAS SOBRE LA FE

Publicado por

### EUNSA

Versión interactiva

### arguments

www.arguments.es

Jorge Miras y Tomás Trigo  
(editores)

# 50

## Si, como la Iglesia enseña, Dios es bueno y no crea nada malo, y antes de la creación no había nada, ¿de dónde surge el infierno?

**L**a novela *El Señor de las Moscas*, de William Golding, cuenta la historia de unos niños que, tras un naufragio, sobreviven solos en una isla desierta. Las primeras páginas de la obra son muy agradables de leer, pues todo parece que irá fenomenal. El lugar es estupendo: unas playas de arena blanca, un riachuelo para beber agua dulce, palmeras con cocos y una selva para explorar y alimentarse con relativa facilidad. Sobre todo resulta fascinante que no haya adultos, que están combatiendo en la guerra mundial. Es posible que el hecho de que todos los protagonistas sean unos niños constituya en la obra un signo de inocencia casi original en medio de ese ambiente paradisíaco. Sin embargo –y no digo mucho más para no estropear un libro notable–, la isla acabó no siendo para ellos un paraíso. Irresponsabilidades, envidias, disputas y deseo de poder acaban convirtiéndola casi en un abismo de estupidez, de miedo y también de fuego. Pero, ¿cómo pudo pasar algo así, si todo en esa isla era bueno y esperanzador? Si lo que allí había eran personas buenas en un lugar bueno, ¿de dónde surgió todo ese infierno literario?

La respuesta en la novela no es clarísima, queda muy abierta. Pero podríamos aventurar con cierta seguridad que la situación horrible a la que llegan no provenía tanto de algo externo que hubiera en la isla, sino más bien del corazón de esos niños (o de algunos de ellos), que descubren que el mal es posible en ellos mismos y que pueden transformar un paraíso en un infierno para todos.

Pero dejemos la obra de Golding e intentemos responder a esa pregunta tan oscura pensando ahora en el infierno real (porque los cristianos creemos que es real y eterno) y en su origen.

¿Qué entendemos por *infierno*? Si lo concibiéramos como una especie de Auschwitz o Birkenau eterno construido por Dios para vengarse de los pecadores, evidentemente resultaría difícil hacerlo compatible con lo que los cristianos decimos de Dios y de su creación («Y vio Dios que era bueno», *Génesis* 1). Pero reflexionemos: la vida eterna es unión, comunión, compartir con la Trinidad su vida y nuestra vida, sabiéndonos infinitamente queridos y comprendidos. En una palabra, es un misterio de amor. Lo esencial

del infierno, en cambio, es que, libremente, la persona rechaza esa vida, eligiendo vivir lejos, separada de Dios para siempre.

Es verdad que la palabra «infierno» no nos ayuda mucho a comprenderlo, pues nos hace pensar en un *lugar* feo bajo la tierra, más que en una *situación* de aislamiento y lejanía, de falta de amor. Pero el infierno, realmente, es *ya no amar nunca más*, como escribe Georges Bernanos en su novela *Diario de un cura rural*. Comprendido así, como una situación personal provocada por la decisión libre de la persona (hombre o ángel) que se niega a amar, se puede entrever que el infierno no ha sido creado por Dios, sino por las criaturas. Aunque Dante afirmaba lo contrario (cfr. *Divina Comedia, Infierno, Canto 3*), como era frecuente en su época, la presentación que hace del infierno como frío aislamiento en uno mismo sí nos puede ayudar a entender. También nuestra propia experiencia con el pecado, por ejemplo el de egoísmo, y el aislamiento que produce, nos puede facilitar el comprender que podemos sufrir mucho cuando dejamos de amar.

En la libertad está la clave. La Biblia pone la libertad como algo central, querido por un Dios bueno que atiende más al «corazón», a la respuesta interior de amor del hombre, que, por ejemplo, al mero cumplimiento de unos ritos o de unos mandamientos («Amor quiero y no sacrificios...», *Oseas 6,6*). No es casualidad que, en el relato bíblico de la creación, los «árboles» del bien y del mal y de la vida hayan sido puestos «en el medio» del Edén (*Génesis 2,9*), como para poner la capacidad de libertad, de elegir a Dios (la vida) o preferirse a sí mismo (el pe-

cado, la muerte) en un lugar destacado.

Judíos y cristianos creemos que a Dios le importa nuestra libertad y que la ve como algo *muy serio*, pues en ella se basa el amor: ¿Puede haber un amor que no se apoye en la libertad? Como Dios quiere nuestro amor, nos crea libres, asumiendo todo el riesgo que eso tiene.

Dios no quiere imponerse. Y está dispuesto a respetar nuestra libertad hasta el final: hasta sus últimas y eternas consecuencias. ■

**Para saber más:**

Catecismo de la Iglesia Católica,  
1033-1037.  
Jorge Herrera